

1985

Para seguir resistiendo**Fernando Birri*

La ideología la hemos hecho
 sangre
 saliva
 esperma
 muertos
 exilio
 resistencia.
 Violenta, serena
 liberación
 del hambre

de la conciencia.
 El problema ahora
 es el lenguaje
 una revolución
 que no revoluciona
 (permanentemente)
 sus lenguajes
 alfabetos
 gestos
 miradas
 involuciona o muere.

Nuestro cine, nuestras vidas, son un acto, una semilla, una flor, un carnal fruto de resistencia poético-político. Cuando digo nuestro cine, nuestras vidas, no estoy usando la retórica de una primera persona en plural: todo lo contrario, estoy usando el plural del pueblo y de los cineastas del pueblo. Esa resistencia poética se llama en cine Nuevo Cine Latinoamericano.

Esa resistencia política tiene todos los nombres, apellidos y sobrenombres de ya cuatro generaciones de cineastas latinoamericanos que viven, conviven y han muerto por ese cine. Y reviven en la imaginación colectiva, como Glauber Rocha, Saúl Yelín, Raymundo Gleyzer, Jorge Cedrón, Jorge Miller, Vlado Herzog, y tantos otros, entre los que no pueden faltar y no faltan, aquellos dos adolescentes proyeccionistas cubanos, que en el alba de la Revolución fueron asesinados por los contrarrevolucionarios, cuando con su camioncito de las unidades móviles del ICAIC, iban por los caminos de la Ciénaga a mostrar el cine a otros compañeros, por primera vez. A todos ellos, aquí y ahora, decimos: presentes.

A casi cien años de la invención de este “juguete mecánico”.

Abuelos Lumière
 abuelo Miéliès

abuelo Edison
 reciban
 este Nuevo Cine Latinoamericano
 uno en la diversidad
 diverso en la unidad.
 Un entero continente
 expresa su visión
 su delirio
 de magma y nieve
 su indignado temblor
 —pongamos la cámara a la altura
 del ojo de un hombre—
 su transfiguración.

Porque así como, confieso, ya no sé más dónde empieza la palabra cine y dónde termina la palabra vida, tampoco sé más dónde termina la palabra poesía y dónde empieza la palabra revolución. Y alguna vez también dije que el acto que transforma la cosa en otra cosa, “la metáfora viva, es la revolución”. Porque muchas veces me pregunté si habla un denominador común para esta multiplicación de peces y de panes y de fotogramas de nuestro Nuevo Cine Latinoamericano. Y reflexionando sobre las infraestructuras de nuestro subdesarrollo económico, que una inaceptable deuda externa quiere hacernos aparecer como fatalidad, sobre nuestras carencias tecnológicas, entre las cuales hay que incluir urgentemente el desafío de la imagen electrónica, sobre la necesidad impostergable de la formación de cuadros técnicos y artísticos, del río Bravo a la Patagonia, reinventando métodos y soluciones alternativas, respetuoso de la complejidad y diversidad de nuestras sobreestructuras histórico-culturales, he creído encontrar una respuesta en la energía de nuestra imaginación liberada y liberadora. En la teoría y praxis de una poética de transformación de la realidad. Una poética crítica, una poética de la liberación. Así también hemos aprendido que lo útil es bello, que la belleza es útil.

“Cada error en la interpretación del hombre, comporta un error en la interpretación del universo”, es la clave que nos han legado los viejos alquimistas y en la interpretación de la historia —actualizaría por mi parte—. “Y es, por lo tanto un obstáculo a su

transformación.” A las infinitas interpretaciones de ese arcano, corresponde también hoy el verbo de la teología de la liberación. No hay arte sin misterio, y sin los ácidos del revelado.

Hace ya varios años mi hermano Nelson Pereira dos Santos me decía: “hasta ahora hemos usado el cine para enseñar, usémoslo ahora para aprender”, del barro al oro, de la “estética del hambre” al hambre de una estética subversiva, del fotograma a la vida, esta es la grande arte en cuyo horno estamos ardiendo. “Que ningún espectador salga el mismo después que termine de ver una de nuestras películas”, dijimos hace más de un cuarto de siglo, exigiéndonos la concientización de un espectador activo. “Que ningún cineasta latinoamericano sea el mismo que empezó a hacer la película cuando termine de hacerla”, hoy decimos, autoconcientizándonos. En el baño de mercurio del tiempo, disuelto en la memoria colectiva de su pueblo, el cineasta latinoamericano no transmutará la historia, si no transmuta su visión interior, la imagen anticipatoria, lúcida y solidaria, de militantes en el futuro de esa historia.

Pertenezco a una generación nacida bajo la Cruz del Sur, que en la maduración de su conciencia estética y política agregó una nueva estrella con destellos blancos, azules y rojos, que alumbraba el nacimiento del Primer Territorio Libre de América: Cuba. “Nuestro enemigo no es el arte abstracto, sino el imperialismo”, supo decirnos el jefe de esa revolución, comandante Fidel Castro, en aquellos primeros años. Y agregó: “Dentro de la revolución todo, fuera de la revolución nada.” Esta extrema, total, inédita, hasta entonces, libertad de expresión creativa revolucionaria es la que definió la buena suerte de los artistas y del arte de esta segunda mitad del siglo en nuestro continente latinoamericano. Y en el caso específico de nosotros, cineastas, nuestra unidad que es nuestra fuerza en nuestra diversidad de búsquedas, experimentaciones y propuestas. Flor siempre viva en su apertura, que hace de nuestro nuevo cine latinoamericano el movimiento que más décadas ha resistido en la historia del cine y el primer movimiento continental de dicha historia. Y que al abrir acelerado de su corola incorpora los temas contemporáneos de la nueva calidad de la vida, los nuevos pétalos de la mujer, nuestras compañeras cineastas, de las minorías oprimidas social y sexualmente, del video democrático, y también la defensa de las hojas de pacífico verde que se movilizan para detener el huracán atómico.

El nuevo cine latinoamericano es hoy una realidad

pero
pero
pero
hace veinticinco años
era una utopía.

¿Cuál la nueva utopía?

decía en ese mismo poema, escrito en un frío exilio, años atrás. El Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano nos da la respuesta: la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, reunión de cineastas de África y América Latina, reuniones de secretarios de sindicatos y asociaciones de cineastas, de distribuidores de cine alternativo, de directores de festivales, de revistas de cine, de cinematecas, de especialistas en medios de comunicación, de los jefes de cinematografías del continente, asamblea de la Federación Internacional de Cineclubes, seminario sobre la situación actual del cine en Asia, África, América Latina y Europa occidental, vuelo de nuestra identidad nacional, regional, continental, hacia el horizonte del tercer mundo. Resumiendo: la segunda fundación de la utopía.

Mi pobre y viejo corazón, al recibir esta inesperada condecoración Félix Varela, necesita, para seguir resistiendo, apretar junto a sí el corazón de su santo hermano Nelson Pereira dos Santos: el de los compañeros cubanos de *El mégano*, Julio García Espinosa, Tomás Gutiérrez Alea, Alfredo Guevara, José Massip, el corazón de todos los cineastas latinoamericanos, presentes y distantes, y sobre todo, apretar, sobreimprimir sobre este corazón, y su esperanza, los corazones de las más jóvenes generaciones de cineastas que lo sobrevivirán pulsando a 24 fotogramas por segundo en el siglo XXI.

Agua para la sed. Pan para el hambre. Fuego para el frío. Luz para el nuevo nuevo nuevo cine latinoamericano.

NOTAS

* Intervención al recibir la medalla Félix Varela, durante el VII Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, celebrado en La Habana, Cuba, publicado en *Brecho*, año 1, núm. 38, Montevideo, 11 de julio de 1986.